

A propósito del "Barrabás"

por
GALO MARTÍNEZ, S. J.

Pär Lagerkvist, un desconocido ayer para nosotros, surge de pronto a primera plana como merecedor del premio Nobel 1951, por su novela *Barrabás*.

La obra entra de lleno en la literatura moderna por su problemática humana transida de inquietud religiosa.

Su contenido aparentemente es inocuo y así ha parecido a la crítica en general. Vamos a ahondar, un poco en las posibles acechanzas acurrucadas en sus ingenuas páginas.

La trama es sencillísima; casi se la tomaría por una vieja leyenda tejida en torno a ese personaje misterioso que pudo ser Barrabás después del acaecimiento del Viernes Santo.

Sin embargo no podemos tomar la obra por una simple prueba de maestría literaria —que la tiene— sino por su profundo sentido trascendente que la ha consagrado como índice de la inquietud del mundo moderno.

Los Cristianos

Lagerkvist ha creado para su obra un clima y una dinámica psicológica propia que quieren ser el reflejo del cristianismo primitivo. Los cristianos que aparecen en la obra actúan bajo esta concepción. Naturalmente que son unos cristianos muy especiales, un tipo algo burdo de creyentes y no muy conforme con la idea que nosotros tenemos —trasmitida por la historia— de lo que fueron los albores de la fe.

Concedido que la psicología religiosa de los primeros cristianos no haya sido como la nuestra. La proximidad del misterio, la novedad y lo paradójico de su fe crearía en ellos un estado singular. Existiría en muchos de ellos una exaltación mis-

tica, o un fervor histérico si se quiere, que podría llevar tanto al martirio como a cualquier otra aberración.

La posición de Lagerkvist tiene por tanto su fundamento psicológico histórico. Pero desgraciadamente se excede y su obra da una visión falseada del cristianismo. Nos presenta como general y exclusivo algo que no ha sido mas que accidental y accesorio.

Aquí está el primer error. El cristianismo no consiste en una religión de emociones fuertes, de misticismo y de experiencia interior. La fe es un don sobrenatural, pero se basa en un conocimiento racional; es la aceptación serena y lúcida aún del misterio.

Barrabás, en parte, no puede llegar a un conocimiento objetivo de Cristo por la modalidad de esos cristianos. Le causan repugnancia con su histerismo.¹ Son seres anormales. Típicas son las figuras de Lázaro, ese hombre de rostro amarillento, de mirada sin brillo ni interés y la mujer del labio leporino que muere gritando su testimonio.

Hay un breve cuadro donde Lagerkvist esboza lo que sería una asamblea de cristianos conforme a su concepción. Algo ridículo y enfermizo:

“Barrabás que se había introducido allí sin que lo vieran, se acurrucó cerca de la entrada, en un rincón, donde pudo observar a sus anchas toda la pieza, que estaba llena de gente absorta en fervorosas plegarias. No los veía a todos; distinguía solamente a los que se hallaban por casualidad debajo de los rayos de luz que se colaban por las lumbreras. Pero habría seguramente hombres que rezaban en la penumbra, de donde salía el mismo murmullo. De vez en cuando el murmullo subía de tono en este o en aquel lugar para atenuarse luego y mezclarse en el susurro general. A veces la sala entera se ponía a rezar en voz más alta, con creciente ardor; luego alguien se levantaba para atestiguar en una especie de éxtasis la resurrección del Salvador. Entonces callándose los demás volvían la cabeza hacia él, como para que les diese fuerzas. Cuando esto terminaba volvían a rezar con renovado fervor. Las más de las veces Barrabás no podía ver la cara del testigo, mas en un momento en que la persona que se había puesto en pie se hallaba casi pegada a él notó su sobreexcitación y el sudor que corría por sus descarnadas mejillas”. Pág. 73.

Barrabás

El personaje principal de la obra es Barrabás el liberado

cuya vida quedó trastornada desde aquella nefanda opción del pueblo judío: "¡Non huno, sed Barabbam!".

Barrabás asiste a la crucifixión de Cristo y desde entonces su destino se desarrolla, en función de ese que ocupó su lugar.

Casi es el único personaje de la novela. Está realizado a fondo y con acierto. Reune aquellas características que tanto aprecia el hombre moderno captándose así las simpatías del lector. Los demás, aún el ingenuo Sahak, tienen un fino sesgo caricaturesco y no hacen sino abultar por contraste las proporciones de Barrabás.

La Lealtad

La característica principal que hace de este criminal un hombre atrayente en su lealtad. Actualmente esa virtud es el prurito fantasioso de la mayoría de los escritores. No hay duda que es el cimiento de toda realización humana perfecta; sólo siendo leales lograremos la dimensión real de nuestra personalidad. Los psicólogos han descubierto ayer esta vieja verdad cristiana y los escritores, coqueteando siempre con lo más novedoso, han tomado la pose de la lealtad. Es, en muchos, una actitud gidiana con más de diletantismo que de consistencia vital. Como todos los snobismos literarios.

Entre todo ese conventilleo aparecen de vez en cuando almas verdaderamente sinceras, dignas de respeto y compasión en su doloroso trastabillar hacia la luz. Quizás esas almas nunca lleguen. Cuando la sinceridad se exacerba engendra la duda; se teme el engaño; la misma evidencia parece traición de nuestros sentidos. Toda subjetivación exagerada desintegra la percepción de la verdad. Aquí está también el origen, uno entre otros, de la angustia.

Algo de esto acontece con Barrabás. Es tal la sinceridad para consigo mismo que llega a resistir la tentación de aceptar a Cristo. Reconoce que en ee hombre hay algo extraordinario: "No hubiera podido decir qué era; simplemente lo sentía. No creía haber encontrado jamás un ser semejante".

No puede aceptar que el sea Dios y aunque se esfuerza por creer no puede:

"¡Créer! ¿Cómo podría creer en el hombre que había visto clavado en una cruz? En el hombre cuyo cuerpo se hallaba sin vida desde hacía tiempo y que no había resucitado, según lo verifica el mismo".

Intenta alcanzar la fe haciéndose grabar la inscripción de

Cristo en su placa de esclavo, mas también fracasó y con su lealtad, que es su tormento, confiesa ante el gobernador romano: "Yo no tengo Dios".

Uno noche, después de haber buscado inútilmente a los cristianos anda errante por las callejas de Roma. De pronto ve unas bocanadas de humo y llamas; corre y en medio de su trastorno oye gritar: "¡Los cristianos! ¡Son los cristianos!"

"La hora había llegado... Volvía el crucificado... para liberar a los hombres, para destruir este mundo como lo había prometido ¡Por fin mostraba su verdadera poder! ¡Y el Barrabás, lo ayudaría! ¡Barrabás, el reprobado, el hermano reprobado del Gólgota no lo traicionaría! ¡Ahora no! ¡Esta vez no!... Y Barrabás se aventuró más lejos, para propagar el fuego; corría jadeante, con el nombre de Dios tachado en el pecho.

Se ha equivocado. Su fidelidad a Cristo nuevamente fracasa. Va a morir crucificado entre cristianos sin haber comprendido nada y completamente solo.

La Soledad

Esta es la segunda característica de Barrabás: su enorme soledad. Hay soledades y soledades. El hombre moderno ha llegado a considerar su soledad como una situación existencial del ser. Cada uno de nosotros es dolorosamente impenetrable e incomunicable con respecto a un tú humano. Pero en nuestra intimidad siempre existe la posibilidad de un Tú, porque el hombre está hecho esencialmente para el Diálogo.

La soledad de Barrabás es la negación de toda presencia porque es la ausencia de todo amor. Soledad que trunca el alma como un muñón sangrante colgando en el vacío. Soledad odiosa, desesperada. Todo es ruinas en ella; todo está quebrado y más allá de redención posible.

El es "el extranjero", sin lazo que lo una al cielo ni a la tierra:

"Al volver por la Vía Apia a la ciudad se sintió muy solo. No porque nadie caminara a su lado ni porque nadie fuera a su encuentro, sino porque estaba solo en la noche infinita que cubría toda la tierra, solo entre los vivos y entre los muertos. Siempre lo había estado, mas nunca lo había advertido como en aquel momento. Iba, como perdido en la noche, con su marchito rostro solitario marcado por la cicatriz que le había infligido su propio padre. Y en su viejo pecho gastado se hallaba suspendida, entre los pelos grises, la placa de esclavo

en que estaba tachado el nombre de Dios. Sí, estaba solo en el cielo y sobre la tierra". Pág. 140.

Conclusión

Barrabás tiene sin duda un valor de símbolo. Es el hombre moderno con su angustia, con su inmenso anhelo de paz y de verdad. El hombre que lleva en su alma la sed devoradora de lo infinito.

Y este hombre se ha encontrado con Cristo. Cristo mismo quiso morir en su lugar. Expresamente dijo: "Poned en libertad a Barrabás y crucificadme a mí", pág. 58. Y sin embargo, ¿de que le sirvió a Barrabás la muerte de Cristo? Sólo aumentó su inquietud, lo obsesionó sin transformarle ni darle la paz.

Ese es el mensaje de Lagerkvist al atormentado mundo moderno. Le arranca la suprema puerta de esperanza presentando como inútil la misma obra de la Redención.

Segunda largada falsa del sueco, y peor que la primera, porque si es vana la Redención estamos en el fondo de una hoya sin salida y el hombre es una piltrafa sin destino y el mundo es un absurdo y toda la creación algo estúpido tirado en el vacío. ¡Bonitos nos deja el señor Lagerkvist!

Hay una manifiesta desproporción entre la angustiosa búsqueda de Barrabás y el silencio de Cristo. Parecería que Cristo realmente ha muerto y los cristianos muriendo junto a Barrabás no son más que unos ilusos al tenerle por un ser vivo digno de amor.

Barrabás muere en su espantosa soledad, en el fracaso más total, después de haber buscado toda su vida la solución en aquel que ocupó su lugar. No hay nada de ambiguo en sus últimas palabras, como interpretó Gide. Son la consecuencia lógica de su desesperanza. ¿A quién iba a entregar su espíritu ese hombre que no tenía Dios, sino a las tinieblas, su única e inseparable compañía?

Este es el sentido más hondo de Barrabás. Nada constructivo por cierto.

Pero Cristo no es un mito, sino la vivencia más grande de la historia. El nos ha liberado del poder de las tinieblas dando a nuestro existir un sentido de trascendencia infinitamente amable. El es la dimensión exacta de nuestro destino.

Así lo ha sentido y expresado con todo ardor y verdad el fuerte Papini: "Sólo Cristo está siempre vivo entre nosotros. Siempre habrá una pasión de amor a Cristo y la pasión de querer aniquilarlo. Que tantos se ensañan contra El, es la prueba de que El no ha muerto".